

Etapa 17. Laboncinho - Alvarenga

5 de octubre de 2025

El domingo siguiente al de esta etapa quería atravesar con la familia el *ponte* 516 desde Alvarenga y recorrer los *passadiços* del Paiva como una actividad más de la quinta Abuelada, un encuentro familiar, así que Delfín, nuestro taxista habitual, Carlos, el entusiasmo hecho caminante, mi cuñado Javi, nuevo en estos lares, y yo nos llegamos hasta Laboncinho a iniciar la diecisiete.

La mañana consistió en bajar desde Laboncinho, todavía por la sierra de Montemuro, hasta atravesar el río Tenente, afluente del Paiva, que corría por allí debajo paralelo a nosotros, luego subir las lomas que separan los distritos de Viseu y Aveiro y descender hasta el amplio planalto donde está asentado Alvarenga.

Aparte de intentar seguir en la subida del valle del Tenente a Javi, dispuesto a darlo todo, la caminata discurría agradable y sin sobresaltos por aquellas carreteras que coronaban los montes. Desde ellas veíamos, ya en la etapa anterior, una cadena de sierras que cerraban por el sur el valle del Paiva. Tras buscar información, se puede aventurar que esa agrupación de montañas, entre setecientos y mil metros de altitud, forman el macizo de *Gralheira*, constituido por las sierras *do Arestal*, *da Freita*, *da Arada* y la de *São Macário*.

Aparecen esos treinta o cuarenta kilómetros cuadrados de alturas en la distancia como resultado de la historia geológica de la región, claro, pero, sobre todo, conforman un espacio distinto a todo lo que les rodea. Portugal es una espléndida sucesión de valles, la mayoría bellísimos, que se esparcen por todo el país, desde los más abiertos a los más cerrados, pero ese rincón disfruta de tal densidad de picos y hondonadas que sorprende su presencia, distinta a la cadencia de la geografía que le rodea, de parajes mucho menos apretados.

Prácticamente desde que salimos de Rossão, etapa 16, habíamos distinguido hacia el sur la pared montañosa que inicia ese parque temático de cumbres amontonadas. En la ruta de hoy nos sorprendía el juego de colores que la luz hacía con la complicidad de no sabemos qué clase de plantas. El verde habitual estaba invadido por amplias zonas de brillos dorados, también alguno plateado, que recordaban la calidez del terciopelo.

Ese frente alcanza con sus cuarenta kilómetros el río Duero, es cortado por el Paiva debajo de Cabril y sale dibujado en los mapas geológicos como una cresta de materiales formados durante el Ordovícico. Hace unos 500 millones de años, cerca de la costa de un continente llamado Gondwana, situado entonces cerca del Polo Sur, en su fondo marino, se fueron depositando arenas y arcillas, entre otros sedimentos. La placa que transportaba las rocas que se habían formado en aquel entorno *chocó*, doscientos millones de años más tarde, en el Carbonífero, con otra placa dando lugar a la formación de estas sierras. Los trilobites gigantes del Museo de Canelas, obtenidos en una cantera de pizarra que forma parte de la franja geológica descrita, dan fe de esta historia.

Seguimos por la N 225 hasta un alto que separaba el distrito de Viseu del de Aveiro. El mar está cada vez más cerca. Optamos por dejar la carretera y subir por el sendero de uno de los altos que rodean el valle de Alvarenga, lleno de aldeas y quintas portuguesas. La aplicación que nos guiaba, Komoot, anunciaba un próximo cambio de dirección de 90 grados. Era un cortafuegos que nos bajaba rápida y abruptamente hasta el llano entre eucaliptos. Después nos gustó ver, desde el final de la etapa, allí en la distancia, por dónde habíamos descendido.

Delfín apareció cuando nos faltaba poco menos de dos kilómetros y llegamos a Alvarenga por caminos escoltados por paredes de granito. Comimos muy bien en el restaurante Zé – Mota y dejamos todo listo para la etapa del domingo siguiente.